

Caprea, á su casa de recreo de Tívoli, donde había amontonado todas las magnificencias; y allí se abandonó, en cuanto su debilitada salud se lo permitiera, á todos los desórdenes de que el paganismo no sabía sonrojarse. Tocado en medio de los placeres de accesos de crueldad, despachaba desde allí órdenes sanguinarias, que arrastraron á la muerte á muchos conspiradores, y otros fueron escondidos por Antonino. Adriano buscaba en la magia remedios á su enfermedad, y sus dolencias le indujeron á probar muchas veces á darse muerte. Se llegó hasta á recurrir á milagros para distraerle de su mal. Presentósele una mujer ciega diciendo: *En un sueño se me avisó de que te intimara que conservarás tu vida; y como haya dilaido obedecerle, se ha oscurecido mi vista; pero en otro sueño se me ha oscurecido que la recobraría tan luego como besara los pies al emperador;* lo cual no dejó de acontecer al punto. Apenas fué tocado por el otro ciego, cuando recuperó el uso de sus ojos, al mismo tiempo que cesaba un fuerte acceso de calentura que padecía Adriano. Divertíase Roma con aquellos ridículos medios que infundían algún valor al emperador cada vez más decaído.

Muerte de Adriano.—Cansado, en fin, de remedios, dijo: *Los médicos me han de quitar la vida, y*

se puso á comer y á beber á su antojo. A consecuencia de sus excesos murió (10 de julio de 138), después de haber vivido sesenta y dos años y medio y de haber reinado casi veinte y uno. En sus últimos momentos pareció recobrar la calma que había perdido, si es verdad que hizo estos versos, criticados entonces (16), y que forman sin embargo una de las composiciones más delicadas de aquel tiempo.

*Animula, vagula, blandula,  
Hospes comesque corporis,  
Quæ nunc abibis in loca?  
Palidula, rigida, nudula,  
Nec, ut soles, dabis jocos.*

Irritado el Senado de sus últimas crueldades, quiso derogar sus disposiciones y negarle los solemnes funerales; pero cediendo después á las amenazas de los soldados y á los ruegos de Antonino, le concedió todos los honores de costumbre. Sus cenizas fueron depositadas en la soberbia Mole á orillas del Tiber. Fué colocado entre los dioses, y se le erigió un templo en Pozzuolo.

(16) A lo menos por Esparciano.

## CAPITULO XIII

### LOS ANTONINOS

Había sido el reinado de Trajano una perpetua guerra; el de Adriano un movimiento continuo; Antonino vivió en una tranquilidad constante, y en veinte y tres años no se movió de Lanuvio, donde tenía su casa de recreo. Había nacido en Nimes (en el año 98), y su natural dulzura le hizo ganar el afecto de deudos y amigos. Dedicóse con preferencia al servicio de la milicia, que á pesar de todo no le estorbó ejercer muchas magistraturas, hasta que llegó á ser (138) uno de los mejores príncipes de que hace mención la historia. Acogiendo á los más humildes ciudadanos prestaba oídos á las quejas alegadas contra los oficiales y los magistrados. Sin intrigas de ninguna especie se conquistó el favor del pueblo: desdiciendo los ruidosos aplausos, delicia de sus antecesores, no quería adular ni ser adulado. Magnífico sin lujo, económico sin ruindad, se complacía en acomodarse á los antiguos usos sin hacerse esclavo de ellos. Respetuoso hacia los dioses de su patria, intervenía en las ceremonias públicas del culto, y ofrecía como pontífice supremo los sacrificios que los sacerdotes inferiores ofrecían antes á nombre del soberano del imperio. Tampoco persiguió á los cristianos, antes bien aceptó la apología hecha por el mártir Justino, y prohibió que se les inquietara. Con este fin escribió á las ciudades de Atenas, de Tesalónica, de Larisa y á todos los griegos (1), elogiando la virtud de aquellos hombres así como su vida del espíritu, su valor y sus costumbres; y aun cuando sólo juzgaba en comparación de las virtudes antiguas, la tradición filo-

(1) EUSEBIO, IV, 13, 26; JULIO CAPITOLINO, 20. En los Antoninos empieza la historia de Gibbon, *Decline and fall of the roman Empire*. Basilea, 1787. Me valgo de la edición anotada por Guizot, Paris, 1828.

sófica le permitió respetar en ellos su fe y su grandeza.

Tenía completa confianza en sus amigos, y como los había escogido probándolos, no tenía necesidad de cambiar de amistades. Con dificultad se resolvía á mudar de dependientes, á menos que lo solicitasen ellos, y durante todo su reinado dejó á Gavio Máximo ejercer las funciones de prefecto de los pretorianos. Enemigo clemente soportaba la ingenuidad y hasta la injuria. Disminuyó los suplicios, contentándose con reducir á los delincuentes á la imposibilidad de producir daño. Prometió no castigar á ningún senador con la pena de muerte, y cumplió tan fielmente su palabra, que por declaración de uno de ellos, culpable de parricidio, le confinó únicamente á una isla deshabitada. Dos fueron acusados de conspiración; pero se suicidó uno de ellos, y el otro fué proscrito por decreto del Senado, á quien vedó el emperador continuar las indagaciones, diciendo: *Tengo poquísimos deseos de dar á conocer el número de personas que me profesan odio.* Solía repetir á menudo: *Vale más salvar á un ciudadano que exterminar á mil enemigos.*

Excitando su admiración ciertas columnas de pórfido que vela en casa de Valerio Hómulo, preguntó al dueño de la casa dónde las había comprado, y su huésped le respondió de este modo: *No se deben tener ojos ni oídos en casa ajena;* y el emperador halló ajustada á la razón esta respuesta. A su llegada al Asia en calidad de procónsul, se alojó la primera noche en casa de Polemón, el más célebre sofista de Esmirna. Retirándose éste muy tarde, se quejó de que se hubieran apoderado de aquel modo de su casa; y Antonino salió de ella, para buscar otro albergue, á pesar de ser hora muy avanzada de la noche. Ya ascendido al imperio llegó Polemón á Roma á hacerle la corte,

y Antonino le recibió con las más honoríficas distinciones; la única venganza que tomó fué recordarle su dureza, recomendando que nadie osara echarle de su aposento ni aun de día. Posteriormente, como llegara á quejarse un cómico de que Pólemón le había expulsado del teatro á la mitad del día, le respondió Antonino: *A mí me echó de su casa á media noche, y sin embargo no me quejó á nadie.*

Envió á Cálcede de Siria en busca del estoico Apolonio para encargarle la educación de Marco Aurelio. Llegado á Roma con una multitud de discípulos, que Lucio compara á los argonautas yendo á la conquista del vellocino de oro, Antonino le invitó á que se presentara en palacio, á lo cual contestó el filósofo orgulloso: *Al discípulo corresponde venir á buscar á su maestro.* El emperador, haciendo justicia á la necia vanidad del estoico, dijo: *¿Ha venido de Cálcede á Roma, y ahora encuentra largo el camino para ir de su posada á palacio?* Pero mandó á Marco Aurelio que fuera á visitarle.

Manténase Antonino en guardia hasta contra toda ostentación filosófica, y cuando sus cortesanos reprobaban las lágrimas que vertía Marco Aurelio por la muerte de su abuelo, les dijo: *Dejadle y tolerad que sea hombre, puesto que ni la filosofía ni la dignidad imperial deben extinguir en nuestros corazones los sentimientos de la naturaleza.* Mostróse, pues, hombre siempre afectuoso hacia Adriano, después de su muerte como durante su vida, y mereció así el sobrenombre honorífico y nuevo de *Pío*.

Se siente saber muy poco de su persona (2), y que sea necesario rebuscar aquí y allá algunas noticias que le sean concernientes, sin poder seguir el orden de los tiempos. Deferente hasta lo sumo con senadores y caballeros, les daba cuenta de su administración, permitía al pueblo elegir los magistrados, y solicitaba como simple particular el nombramiento de los cargos para sí y para sus hijos. Suprimió las pensiones señaladas por Adriano á los aduladores de oficio, no por avaricia, pues rehusaba la herencia de los que dejaban descendientes y restituía á los hijos los bienes confiscados al padre, salvo las reparaciones respecto de las provincias que habían sido esquiladas. Indultó completamente á las ciudades italianas, y por mitad á las de más, del donativo que era costumbre ofrecer al nuevo emperador (*aurum coronarium*); aligeró los impuestos, y veló á fin de que fueran recaudados con humanidad. Si acontecía algún desastre, era su primer cuidado otorgar descargo de impuestos á los países que lo habían sufrido. Sustentaba á muchos niños pobres, recompensaba á los que se dedicaban á su educación, ayudaba á

(2) Capitolino dirigió á Diocleciano una vida de Antonino, si bien de redacción confusa. Se han perdido los libros de Dion Casio referentes á este príncipe.

los senadores poco acomodados á sostener el decoro de su categoría, y gastaba mucho en espectáculos, delicia del pueblo. Como se lamentara Faustina su esposa de que había dispuesto de la mayor parte de los bienes particulares en favor de los menesterosos, le respondió: *La riqueza de un príncipe es la felicidad pública.*

No descuidó los trabajos de utilidad general. Ya en vida de Adriano había contribuido con sus consejos y con su dinero á las contribuciones á que era particularmente aficionado su padre adoptivo. Posteriormente mandó abrir el puerto de Gaeta y reparar el de Terracina: terminó la Mole Adriana, y mandó construir en Loria de Toscana, donde se había educado, un palacio admirable. De orden suya fueron restaurados muchos monumentos en Grecia, en Jonia, en Africa y Siria. Elevó á la categoría de ciudad á la aldea de Palancio en Arcadia, concediéndole la inmunidad de todos los cargos por respeto á la tradición que hacía partir de aquel punto á Evandro para dirigirse al Lacio.

Natural era que un príncipe justo y bueno fuera amado de aquellos á quienes gobernaba; hasta los mismos extranjeros sometían sus diferencias á la equidad de Antonino. Una carta de su puño y letra bastó para decidir á los partos á salir de la Armenia. Admitieron los reyes que quiso darles, los lacios, los armenios, los cuados y otros pueblos: rindiéronle homenaje los de la Hircania, de la Bactriana, de las Indias y de la Iberia. Fueron domeñados los brigantes que se habían sublevado en Bretaña, acaeciéndose lo mismo con los moros, que habiéndose rebelado, fueron repelidos más allá del Atlas (146). Bajo su reinado acreditó el imperio que en su pujanza no tenía necesidad de guerra para sostenerse.

Su vida interna fué perturbada por la mala conducta de la lujuriosa Faustina, su esposa, que no por eso dejó de ser divinizada después de su muerte. Hemos dicho que de orden de Adriano hubo de adoptar á Marco Aurelio y á Lucio Vero hijo de Lucio Annio Aurelio Vero, César. Entregó su hija Annia Faustina por esposa al primero, apreciando sus bellas cualidades, al mismo tiempo que adivinaba el alma perversa del segundo.

**Muerte de Antonino.**—Acometido de una fiebre en Loria, confirmó la adopción de Marco Aurelio, le recomendó el imperio y le designó por sucesor suyo, haciendo trasladar á su aposento la estatua de oro de la Fortuna, que según costumbre se hallaba en el del emperador constantemente (161). Murió á la edad de sesenta y tres años, después de haber reinado veinte y tres, llorándole todos sinceramente y colocándole en la categoría de los dioses, como á los príncipes más perversos.

Su sucesor hizo su mejor elogio, y al copiarlo en este lugar, no nos mueve tanto á ello lo fiel del retrato, como la consideración de ser un monumento en elogio del autor de semejante escrito. «Hé aquí, dice, lo que me recomendaba mi padre adoptivo; ser dulce, y sin embargo inflexible en las resolucio-

nes tomadas después de un maduro examen; no envanecerse de lo que se llama honores; ser asiduo en el trabajo; estar siempre dispuesto á oír amonestaciones útiles á todos; dar al mérito lo que le corresponde; saber donde es preciso tirar de la rienda, y donde conviene aflojarla; renunciar á las locuras de la mocedad; proponerse el bien general como exclusivo objeto. No exigía que sus amigos fueran á cenar con él cotidianamente, ni que le acompañaran á todos sus viajes. Aquel que no había podido acudir, no por eso dejaba de ser bien recibido cuando se presentaba. En los consejos buscaba esmeradamente el mejor partido, y deliberaba largo tiempo sin atenerse á las primeras inspiraciones. Jamás se disgustaba de sus amigos, y nunca llevaba al exceso sus antipatías ni sus afectos. En todas las circunstancias de su vida se bastó á sí propio. Con el espíritu comúnmente sereno, prevenía de lejos lo que podía acontecer, y sin ostentación regulaba los más minuciosos pormenores. Sofocaba sin ruido las primeras chispas de sedición, reprimía las aclamaciones y toda baja lisonja, velaba incesantemente por la conservación del Estado. Medía los gastos de las fiestas públicas sin inquietarse porque se murmurara de aquella rigurosa economía.

»Adoró sin superstición á los dioses, y no se hizo adicto el pueblo por gestos ni por saludar con afectación á todo el mundo. Sombrío y enérgico en todas las cosas, no se permitió nada singular ni inconveniente. Usó modestamente de las ventajas con que le colmaba la fortuna, sin codiciar aquellas de que carecía. Jamás le reconvinó nadie por hacer alarde de buen talento, de ser sofista, chocarero, declamador, pródigo del tiempo. Al revés, se le calificaba de sensato, de inaccesible á la lisonja, de dueño de sí mismo, de formado para mandar á los demás. Honraba á los verdaderos filósofos sin insultar á los que profesaban una falsa doctrina; se mostraba culto y moderadamente jovial en la conversación, y no se enojaba nunca. No se ocupaba de su persona más que con justa medida, y no como un hombre apasionado á la vida ó ardientemente enamorado de los placeres. Sin descuidarse, limitaba su atención á conservar la salud, para tener menos necesidad de la medicina y de la cirugía. Ajeno á la envidia, cedía de buen grado la superioridad á los demás en elocuencia, en jurisprudencia, en filosofía moral y en todo, y procuraba que cada cual fuese conocido con relación á aquello en que sobresalía. En el curso de su vida imitó sin ostentación á nuestros antepasados.

»No le gustaba mudar á menudo de lugar ni de objeto; no se cansaba de permanecer en un mismo sitio, y se ocupaba de un solo negocio. Después de sus violentas jaquecas, se dedicaba con ahinco al trabajo ordinario. Tuvo muy pocos secretos, y esos por el bien común solamente. En los espectáculos, en los trabajos públicos, en las distribuciones y en ocasiones semejantes, acreditó prudencia y mesura, proponiéndose, no adquirir celebridad, sino

hacer lo que convenía. No se metía en el baño á horas extraordinarias, no tenía la pasión de las construcciones, ni esmero alguno en el servicio de su mesa, en el color ó en la calidad de sus trajes, ni en la elección de hermosos esclavos. Usaba en Loria una túnica comprada en la vecina aldea, y telas de Lanuvio. Nunca se ponía manto sino para ir á Túsculo, y aun á veces se excusaba de ello. En general, dentro de su casa no se advertían toscos modales ni acciones indecorosas, ni esa afanosa prisa que induce á decir: *Ten cuidado que no sudés.* Hacía una cosa después de otra, pausadamente, sin desorden y con exacta armonía en su conjunto. Se podía decir de él, como de Sócrates, que sabía gozar y pasarse sin la mayor parte de las cosas de que los hombres no saben privarse sino con sentimiento, ni disfrutar sino con exceso; conservarse fuerte y moderado en ambos casos, y siempre hombre perfecto. Tal es su retrato.»

**Marco Aurelio.**—He ahí lo que escribía de él su sucesor. Antonino llamaba á Marco Aurelio, á causa de su sinceridad, el Verísimo. Le educó por sí mismo, confiándole luego á los mejores maestros de entonces. Enseñáronle las bellas letras, el derecho, y especialmente la filosofía, que amó hasta el punto de usar el manto de los que la cultivaban, de adoptar su género de vida austera, y de dormir sobre el duro suelo. Este régimen riguroso debilitó su salud y le obligó á recurrir á la medicina; sanó adoptando una existencia más metódica, y vivió sesenta años de una vida sumamente laboriosa.

Honrando y consultando á sus maestros interin los conservaba, iba á visitar sus sepulturas y ornarlas de flores luego que los hubo perdido. Enemigo de placeres, si por respeto al uso asistía á los espectáculos, leía allí ó se ocupaba de negocios, dejando que el pueblo se entregara á la alegría. Desde la edad de dieciséis años había renunciado la herencia paternal en favor de su hermana, reservándose solamente la de su abuelo materno. Mucho le afligió la adopción que le designaba para la pesada carga del imperio; y los honores no le quitaron nada de su sencillez ni de su adhesión á sus amigos, ni de su afición á las ciencias.

**Su colega Lucio Vero.**—Apenas había cerrado los ojos Antonino Pío, cuando Marco Aurelio nombró Augusto á su hermano Lucio Vero, y le hizo su colega; ejemplo nuevo en la historia. Hechas las usuales liberalidades gobernaron juntos. Pero eran muy diferentes. Lucio Vero tan desprovisto de talento como de virtudes, pasaba los días á la mesa, y las noches en discurrir como un loco por las calles, ostentando libertinaje con gente licenciosa y de baja estofa. Convertía los palacios en tabernas; y después de haber cenado con su virtuoso hermano, se retiraba á sus aposentos, entregándose á desórdenes con personas desacreditadas y hasta con sus esclavos, á quienes permitía libertades dignas de las saturnales. Poseía en la vía Claudia una casa de recreo, donde reunía para sus orgías á aquella

depravada turba: un día tuvo la osadía de convidar allí á Marco Aurelio, quien estuvo á su lado cinco días dándole estérilmente ejemplo de una vida frugal y comedida. Para conservar sus cabellos de color rubio, matiz preferido por los romanos, se los cubría con polvo de oro. Un solo banquete le costó 6.000.000 de sextercios, y distribuyó á cada uno de los doce convidados una corona de oro, un airoso esclavo y un mayordomo, con la vajilla de oro y plata; agregando á esto, cada vez que se bebía, una copa murrina ó de cristal de Alejandría, ú otras copas no menos preciosas, enriquecidas de diamantes; coronas de flores, raras por la estación; y por último, exquisitas esencias dentro de frascos de oro. Luego, en el momento de partir, halló cada cual á la puerta un carro tirado por mulas con magníficos arneses. Celer, su caballo favorito, no se alimentaba más que con uvas y almendras, tenía una manta de púrpura y por cuadra un palacio. Hizo que le erigieran una estatua de oro, y después de su muerte un soberbio mausoleo en el Vaticano.

Renováronse las inundaciones, los incendios, los terremotos, que habían afligido al imperio y dado margen á la liberalidad de Antonino en las provincias, donde se padeció además una epidemia: también se notó una extraordinaria carestía, todo lo cual puso á Marco Aurelio en el caso de afanarse mucho para consolar tantos males.

**Guerras.**—Hicieron los catos una irrupción en Germania; andaban inquietos los bretones: irritado Vologeso III, rey de los partos, de que Antonino se hubiera negado á restituírle el trono de que le había privado Adriano, comenzó la guerra con formidables fuerzas. Agitábase en aquel momento la Armenia, y expulsaba al rey Soemo: fué muerto el rey de los eniocos, pueblo que habita entre el mar Caspio y el Euxino, por Tirídates, que prisionero posteriormente de los romanos, fué desterrado á Bretaña (162).

**Guerra con los partos.**—Marco Aurelio envió á su hermano Vero á pelear contra los partos, con la esperanza de arrancarle de una molición indigna de un príncipe; pero no bien había salido éste de Roma, le detuvo en Capua una violenta enfermedad causada por sus desórdenes. Curado, aunque no corregido, surca las olas; y Atenas, las costas de Asia, la Panfilia, la Cilicia, le ofrecen mil coyunturas de satisfacer sus pasiones; Antioquia le prodiga placeres de todas clases, y pasa el tiempo en la voluptuosa Dafne, en medio de bufones y de cortesanos, dejando á sus tenientes el mando del ejército, flor y nata del imperio. Alcanzaron muchas victorias é hicieron cerca de Europa junto al Éufrates una gran matanza de partos. Soemo, rey de Armenia, fué restaurado en el trono. Por último, habiéndose adelantado Avidio Casio hasta Ctesifonte, quemó el palacio de los reyes partos, se apoderó de Edesa, de Babilonia y de toda la Media (163). Habiéndosele rendido Seleucia á orillas del Tigris, la entregó al saqueo y pasó á cuchillo á

cuatrocientos mil habitantes. Proclamado Vero, sin haberlo merecido, vencedor de los partos, distribuyó los reinos, y confirió el gobierno á los senadores que llevaba en su compañía.

**Guerra con los marcomanos.**—A este tiempo excitados los bárbaros en la Germania por los belicosos marcomanos, se sublevaron desde las Galias hasta la Iliria contra el imperio, que se encontraba en una situación muy embarazosa por hallarse ocupadas sus mejores tropas en Oriente: por fortuna, las que se hallaban acantonadas en las fronteras pudieron contener aquel torrente impetuoso, aunque desordenado, hasta que Vero se adelantó hacia Germania, acompañado de su hermano. La aproximación de los dos emperadores sembró el desaliento en las filas del enemigo. Parte de sus tropas se refugiaron al otro lado del Danubio, asesinando á los que los habían impulsado á la guerra; y el resto se sometió ó solicitó la paz.

Lucio Vero aprovechó aquel instante para volver á tomar el camino de Roma, donde le aguardaban nuevos deleites; pero desconfiando con razón Marco Aurelio de lo que podía acontecer, se detuvo á establecer nuevas fortificaciones, aumentó las de Aquilea y atendió á la seguridad de Iliria y de Italia. No fué aquello precaución vana, pues en breve estalló con más violencia el mal apagado incendio; y los dos Augustos hubieron de acudir allí á toda prisa.

**Muerte de Vero, 169.**—Vero murió en Altino á la edad de treinta y nueve años. Han pensado algunos, aunque sin alegar pruebas, que abrigaba el proyecto de matar á Aurelio á fin de apoderarse del imperio, y que éste le cogió la delantera envenenándole. Aurelio hizo colocar á aquel libertino en la categoría de los dioses, y libre de su persona continuó marchando por la senda del bien con paso cada vez más firme.

**Guerra en Germania.**—Prosiguió con varia suerte la guerra contra los germanos, pues más de una vez vieron los marcomanos huir á los soldados de Roma (170). Hasta les rechazaron acosándoles con sus espadas en dirección de Aquilea, de que se hubieran apoderado á no ser por la habilidad de los generales. No obstante, penetraron en Italia sembrando en todas partes el incendio y entregándose á la rapiña. Roma, tanto más llena de espanto por ejercer la peste sus estragos dentro de sus muros, armó á los esclavos, á los gladiadores, á los desertores, á los germanos mercenarios. Vendió el emperador los muebles preciosos de su palacio, vajilla de oro, estatuas, cuadros, los vestidos de la emperatriz, una magnífica colección de perlas que había traído Adriano de sus viajes; y con la enorme suma que sacó de esta venta, subvino á las necesidades del hambre, á los gastos de una guerra de cinco años; y todavía le quedó bastante para rescatar parte de lo que había vendido.

Se habían dilatado las devastaciones de los bárbaros á muchas provincias; habían cruzado el Danubio los cuados, los sármatas, los yacigos, ocupa-

do la Panonia los vándalos y los marcomanos inundado los castobocos la Grecia hasta Elatea en la Fócide. En todas partes los combatió Marco Aurelio como héroe; si bien como héroe humano ahorrando sangre cuando podía y animando con su ejemplo á generales y soldados. Por último, la fortuna coronó sus esfuerzos, y llegó á arrollar al enemigo más allá del Danubio.

En el orgullo de la victoria pidieron los soldados una gratificación á Marco Aurelio; pero se la negó diciendo que no podía hacer liberalidades sin sobrecargar á sus deudos, y como murmuraran prorumpiendo en amenazas, añadió que no les temía porque sólo Dios dispone de los imperios, y los impuso silencio su energía.

**Lluvia milagrosa.**—Al continuar la guerra alende el Danubio se halló cercado Marco Aurelio por los marcomanos en la alta Hungría frente de la antigua Estrigonia; aunque el valor de los suyos le preservó de caer en poder del enemigo, se hallaron reducidos al último apuro por la carencia de agua. En el momento en que les inducían á la desesperación los martirios de la sed, oscureció el cielo de pronto y derramó á torrentes (174) una lluvia que á todos pareció milagrosa. Pero al recibir los soldados en sus cascos ó hasta en la boca abierta (3) aquel bienhechor líquido, á fin de apagar una sed devorante, cayeron los bárbaros sobre ellos haciéndoles gran matanza; pero entonces de aquella misma nube cae sobre los enemigos un diluvio de granizo acompañado de rayos, que ayuda á los romanos á vencerlos y á ponerlos en fuga.

Este suceso, uno de los que más ruido metieron en aquella época, se calificó de milagroso tanto por los gentiles como por los cristianos, con la diferencia de que unos se lo atribuyeron á Arnufis, mago egipcio, mientras otros imaginaron deberlo á la legión Melitina, llamada de este modo por Melitene de Armenia, donde se había formado. Pero el mismo emperador escribió al Senado, si bien con la circunspección reclamada por el tiempo, que debía aquella victoria á los cristianos (4); y dió pruebas de la obligación que creía deberles ordenando castigar con la mayor severidad á todo el que profiriera calumnias contra ellos.

Marco Aurelio fué proclamado por la séptima vez emperador, y Faustina, su esposa, denominada madre de los ejércitos. No obstante, á fin de asegurar la tranquilidad, permaneció en la frontera; y habiendo empezado á agitarse nuevamente los cuados y los marcomanos, los estrechó tan vivamente

(3) De este modo se hallan representados en la columna Antonina en Roma.

(4) Atestiguan el hecho todos los historiadores: cita Tertuliano en su *Apología* la carta como una cosa conocida é incontestable. Eusebio y San Jerónimo hablan de ella como de un monumento existente. Pero es imposible aceptar como original la carta que acompaña comunmente á las apologías de San Justino y que ha sido reproducida por Baronio en latín.

que el hambre les obligó á implorar la paz. Habiéndose, pues, presentado con regalos, llevándole los desertores y trece mil prisioneros hechos durante la guerra, obtuvieron la cesación de las hostilidades, á condición de no traficar ya sobre el territorio romano, y de retirarse por lo menos á seis millas del Danubio.

En breve se unieron los cuados á los yacigos, á los nariscos y otros pueblos que aún no habían depuesto las armas; y habiendo expulsado á Furio su caudillo, que les disuadía de marchar á la pelea, le sustituyeron con Ariogeso. Otra vez más les venció Marco Aurelio é hizo prisionero á su nuevo príncipe, á quien confinó á Alejandría de Egipto. Desalentados entonces los demás germanos, solicitaron así mismo la paz, y les fué concedida bajo suaves condiciones. Fueron reprimidos con severidad los movimientos de los secuanos, y los moros que habían invadido la España fueron repelidos por la fuerza.

**Guerra en Oriente.**—En Egipto el caudillo de una banda, llamado Isidoró, mata traidoramente á un centurion y á algunos soldados romanos: en breve se aumenta su tropa con cierto número de egipcios y llega á derrotar á los romanos y á talar el territorio. Avidio Casio, el vencedor de los partos, acude desde su gobierno de Siria y logra restablecer el sosiego, menos por la fuerza de las armas que sembrando la discordia entre sus adversarios. También en la Armenia y en la Arabia, dió pruebas de valor y de prudencia.

**Casio.**—Aquel Casio era tan severo con los soldados como se mostraba valeroso en las lides. El que se hacía culpable del menor hurto respecto de los moradores, era crucificado en el mismo lugar del delito. Algunos eran quemados vivos, otros encadenados juntos y arrojados al mar. Hacía cortar pies y manos á los desertores, diciendo que la vista de aquellos hombres mutilados produciría el efecto deseado mejor que una ejecución capital.

Satisfecho de sus victorias contra los partos le había enviado Marco Aurelio contra los sármatas sus aliados. Hallábase acampado cerca del Danubio, pasaron el río algunos de los auxiliares, y habiendo acometido de improviso al enemigo, le mataron tres mil hombres y regresaron cargados de botín al campamento. Los centuriones que les habían excitado á aquel golpe de mano, esperaban recibir de Casio elogios y recompensas; pero al revés mandó que fueran crucificados ignominiosamente para servir de escarmiento á todo el que faltara á la disciplina.

Rigor tan excesivo hace estallar una revuelta en el ejército: entonces Casio se presenta sin armas en medio de los sediciosos y grita: *Matadme, pues, y al olvido de vuestros deberes, añadid el asesinato de vuestro general.* Esta intrépida sangre fría desarmó á los amotinados; todo volvió nuevamente al orden; é informado el enemigo de lo que acababa de pasar, desesperando de vencer á semejante jefe solicitó una paz de cien años.

Terminada la guerra de los marcomanos, Casio fué enviado á Siria en calidad de gobernador. Escribía entonces el emperador á su teniente en aquel país de este modo: « He confiado á Avidio Casio las legiones de la Siria, que Cesenio Vitaliano ha encontrado en gran desorden. Sabes que es rígido en la observancia de la antigua disciplina sin la cual es imposible mantener á los soldados en sus deberes. Acuérdate de este verso:

*Moribus antiquis res stat romana, viresque.*

»La disciplina es verdaderamente el más firme sosten del imperio. Cuida de que haya víveres suficientes para las legiones, de que espero hagas buen uso.»

Con efecto en el espacio de seis meses puso Casio remedio á la indisciplina y á la inmoralidad de sus tropas. Cuando llegó á Antioquía, foco del desorden, envió á los oficiales á sus respectivos cuarteles, y les prohibió bajo pena de muerte poner el pie en Dafne. Cada ocho días inspeccionaba en una revista el vestuario, las armas, el equipo de las legiones, les hacía ejecutar frecuentes ejercicios, y á pesar de su rigidez, sabía hacerse amar de los soldados.

Pero el nombre que llevaba, traía á su memoria el de un hombre que había intentado restituir la libertad á Roma. Acérrimo enemigo del gobierno monárquico deliraba por el establecimiento de la república. Ya en tiempo de Antonino había revelado algo de sus intenciones, si bien la dulzura de aquel reinado había impedido fijar la atención en esto. Lucio Vero le había denunciado á su hermano como un descontento que trataba á uno de los dos de filósofo, al otro de libertino, y acumulaba tesoros y fijaba en muy alto puesto sus miras. Aurelio le dió una respuesta que acredita la bondad de su alma y la indolencia de una filosofía fatalista: ¿Y por qué me he de inquietar de eso? Si la suerte destina el imperio á Casio, nadie mata á su sucesor; si no le destina, se enredará en sus propias redes. No conviene desconfiar de un hombre que no es acusado y á quien recomiendan sus servicios. Si he de perder la vida para bien del Estado, poco me importa que mis hijos padezcan por esta desgracia.»

En lo más recio de la guerra de Germania cundió el rumor ó lo hizo nacer Casio, de que el emperador había muerto. Temerosa Faustina, esposa del emperador, de que el imperio cayera en manos desconocidas con peligro de su existencia y de la de sus hijos, estrechó á Casio para que lo tomara y se casara con ella. Sea como quiera, Casio se hizo proclamar emperador (175), y muy pronto reconocieron su autoridad el país más allá del Tauro y el Egipto; abrazaron su causa los príncipes y los pueblos extranjeros, especialmente los judíos, que siendo á la sazón tan desventurados, sólo cifraban su esperanza en las revueltas.

Cuando Aurelio no pudo ya mantener oculto aquel suceso, se lo participó al ejército por sí mis-

mo, lamentándose con dulzura de la ingratitude con que Casio pagaba la amistad que siempre le había manifestado, y de que aún le daría nuevo testimonio luego que volviera á entrar en sus deberes. Concluida posteriormente la guerra, se dirigió por la Iliria en busca de Casio para cederle el imperio, si tal era la voluntad de los dioses. *Porque, decía, si sobrellevo tantas fatigas, no es por interés ni por ambición, sino por el deseo de hacer el bien del pueblo que me está confiado.*

A Casio no le ocurría alegar en contra del emperador otra cosa que su afición á la filosofía, la cual le hacía descuidar negocios de suma importancia, y su excesiva bondad que le inducía á dejarlo todo al acaso. Pero en breve el puñal del centurión Antonio puso término á su reinado de tres meses y seis días. Habiendo marchado Marco Vero en contra suya, halló las cartas de sus parciales, y las quemó diciendo: *Esto será del agrado de Marco Aurelio; pero aun cuando hubiera de enojarle al menos á costa de mi vida salvaría la de otros muchos.* También perecieron el capitán de los guardias de Casio y su hijo Muciano, gobernador de Egipto. Tocó á otro igual suerte, aunque sin noticia del emperador, quien mandó que los desterrados volvieran á sus hogares y se les repusiera en la posesión de sus bienes. Al transmitir al Senado el examen de la conjuración, añadió lo siguiente: *Sean eximidos por vosotros los senadores y los caballeros cómplices de esta muerte, de la infamia y de todo castigo. Dígase en honra vuestra y mía que esta insurrección sólo ha costado la vida á los que perecieron en el primer tumulto. ¡Ojalá pudiera yo volverlos á la vida! ¡Indigna es de un soberano la venganza!*

Como Casio había encontrado grande ayuda en Siria, donde había nacido, decreto Marco Aurelio que en lo sucesivo nadie fuera nombrado gobernador de una provincia donde había tenido cuna. A pesar de todo tomó bajo su protección á su esposa al suegro y á los hijos del rebelde, prohibiendo que nadie les echara en cara la culpa de su padre: hasta los elevó á las dignidades, aún cuando no ignorase los manejos de que se había hecho culpable aquella familia para enagenarle el afecto del pueblo y de los soldados. Cuando Faustina le impulsaba á mostrarse riguroso, le citó el ejemplo de César y de Antonino su padre. A sus amigos que le decían que no hubiera usado de tanta moderación Casio respecto de su persona, contestó lo siguiente: *No servimos tan mal á los dioses que temamos verles declarados en favor de Casio.* Añadió que muchos de sus predecesores habían sido arrastrados á su ruina por sus crueldades, y que jamás era vencido ó muerto por un usurpador un buen soberano. *Neron, Calígula, Domiciano, decía, merecieron el fin que les cupo. Oton y Vitelio eran incapaces de gobernar. La avaricia de Galba causó su ruina.*

Perdónesenos estendernos en estos actos de clemencia, tan raros en la historia como los oasis en

el desierto, donde pueda reposar el viajero un instante de sus fatigas.

**Situación interior.**—Dentro de Roma se disfrutaba de toda la libertad de que habían disfrutado los antiguos; y á las órdenes de un emperador honrado y generoso todos ergulan con dignidad sus frentes. Jamás salía Marco Aurelio del Senado sin que el consul hubiera pronunciado el *Nihil vos moramur, patres conscripti*. Volvía de la Campania siempre que había que hacer algún informe. Aumentó el número de los *días fastos* para facilitar el despacho de los negocios; instituyó un pretor especial para las tutelas, y fulminó la nota de infamia contra los delatores. Hacía asiduamente justicia, y á menudo remitía la decisión de las causas al Senado, pareciéndole más equitativo someterse al parecer de tantos hombres ilustrados que obligarles á seguir el suyo. Su bondad le inducía, nó obstante, á perdonar con frecuencia hasta al delincuente. Herodes Atico, retórico famoso, inmensamente rico, tenía entablado un proceso con la ciudad de Atenas: viendo al emperador inclinarse á la parte contraria, en vez de razones se puso á fulminar injurias, censurándole porque se dejaba dominar por el influjo de una mujer y una muchacha, aludiendo á Faustina y á su hija, que intercedían por los atenienses. Luego que Herodes desahogó su bilis, Baseo, capitán de los guardias, le dijo: *Tu insolencia podrá costarte la vida; á lo que respondió: Nada tiene que temer un hombre de mis años; y desapareció de su presencia.* Apenas había partido, dijo el emperador, que le había escuchado tranquilamente, á los diputados de Atenas: *Ahora exponed vuestras razones; puesto que Herodes no ha tenido por oportuno aducir las suyas.* Les escuchó atentamente, y asomaron lágrimas á sus ojos al oír el relato de los ultrajes que habían padecido por causa de Herodes y de sus libertos: sin embargo, sólo condenó á estos últimos, y aunque la pena no fué proporcionada á la ofensa, los indultó posteriormente. Y cuando Herodes le dirigió sus quejas porque ya no le escribía, éste le respondió excusándose de haber condenado á gentes colocadas bajo su dependencia (5).

**Faustina.**—Este exceso de bondad redundó en perjuicio de sus súbditos, ora cuando no castigó á los gobernadores prevaricadores, ora cuando no previno la rebeldía de Casio, ora cuando admitió por colega al libertino Vero, y todavía más cuando

(5) Filostrato nos ha conservado en las *Vidas de los sofistas* esta carta singularísima para un emperador: «Deseo que gocés de salud y estés convencido de lo mucho que te amo. No me culpes si por haber hallado delincuentes á algunos de los que de tí dependen, les he castigado, aunque del modo más suave que he podido. No me guardes rencor, si he hecho algo que te desagrade: imponme una multa que te pagaré en el templo de Minerva de Atenas al celebrarse los misterios; pues en el ardor de la guerra hice voto de presentarme á la iniciación, y es mi voluntad que presidas la ceremonia...»

designó al malvado Cómodo por sucesor suyo. Su extremada condescendencia le hizo tolerar hasta el descarado libertinaje de su mujer Faustina; llegando á nombrar á sus amantes para los principales destinos. Como le aconsejaron sus amigos repudiarla, les respondió de este modo: *Entonces sería necesario devolverle su dote, es decir, el imperio que he recibido de su padre:* chanza ó raciocinio indigno de un hombre sensato. Ella se suicidó (176) después de la revuelta de Casio, avergonzada, en sentir de algunos, viéndose acusada por sus cómplices. Marco Aurelio en sus recuerdos deplora su pérdida como la de una fiel esposa, recomendable por su amor y por la admirable sencillez de costumbres. Elevó á la categoría de ciudad, dándole el nombre de *Faustinópolis*, la aldea á la falda del Tauro donde había terminado sus días, y rogó al Senado que la colocara en la categoría de los dioses; prestóse el Senado complaciente á sus deseos, erigiéndole estatuas y un altar, donde las recién casadas debían hacer sacrificios á la emperatriz adúltera.

Continuando su marcha hacia Oriente, Marco Aurelio perdonó á todas las ciudades que se había declarado en favor de Casio, y á Egipto que había abrazado fervorosamente su causa. Solamente prohibió á Antioquía los juegos, que formaban su vida, arrancándole también sus privilegios. Pero habiéndose dirigido allí en persona, hasta la indulto de este castigo. En Atenas hizo que le iniciaran en los misterios de Ceres, y estableció allí profesores de todas las ciencias; luego á su arribo á Italia, ordenó á los soldados que volvieran á usar la toga, no habiéndose mostrado jamás él ni los suyos en traje de guerra.

Al entrar en Roma como triunfador superó en liberalidades á todos sus antecesores. Entre otras leyes sabias prohibió á los gladiadores servirse de mortíferas armas, lo cual fué más honorífico para su fama que agitar en las escuelas cuestiones de filosofía á instancias de los literatos, que temían que su ausencia extinguiera el recuerdo de los sistemas filosóficos.

**Muerte de Aurelio.**—Llamáronle los marcomanos á nuevas lides y á nuevas victorias; pero murió en medio de sus triunfos en Sirmio de Panonia (17 de marzo de 180). Tenía cincuenta y nueve años y había reinado diez y nueve. Lloráronle sinceramente todos, á excepción tal vez de su hijo Lucio Cómodo, que incurrió en sospechas de haber acelerado el fin de su existencia. Aurelio vió aproximarse con serenidad su última hora. «No me sorprende, decía, que mi estado os conmueva y entenezca, porque es natural al hombre sentir compasión hacia sus semejantes, y todavía más vivamente cuando es testigo de sus padecimientos. Pero aguardo de vosotros algo más que sentimientos comunes inspirados por la naturaleza. Mi corazón me asegura del vuestro; mis sentimientos hacia vosotros me prometen igual correspondencia por vuestra parte. Os toca probar que no me he enga-

fiado consagrando mi estimación y mi cariño, y que no habéis perdido la memoria de mis beneficios. Os recomiendo á mi hijo aquí presente, tomad su educación con empeño; en la primera efervescencia de la juventud necesita, como sobre un mar proceloso, de un guía y de un piloto, á fin de que nunca se extravíe ni se estrelle en los escollos por falta de experiencia. No le abandonéis, servidle de padre, dadle de continuo buenos consejos y saludables instrucciones; encuentre otro yo en cada uno de vosotros. No bastan las más inmensas riquezas para los placeres y el desenfreno de un príncipe voluptuoso; si es aborrecido de sus súbditos, no estén encargados de su defensa. Los príncipes que dedicaron más atención á hacerse amar que á hacerse temer, han reinado sin verse expuestos á las conspiraciones y revueltas. El que obedece de buen grado, está exento de sospechas en su conducta y en sus acciones; es súbdito humilde sin ser esclavo, no niega la obediencia sino cuando por casualidad se trasmite el mandato con extremada dureza, agregándose á la autoridad el ultraje. Como es realmente difícil usar con moderación de un poder ilimitado, repetid á menudo á mi hijo las instrucciones que oye ahora y otras semejantes; así educaréis para vosotros y para el imperio un príncipe digno del mando: de este modo me probaréis vuestro cariño y honraréis mi memoria por ser este el único medio de inmortalizarla.»

Sus cenizas fueron depositadas en el mausoleo de Adriano. Fué elevado á la categoría de los dioses, y cada cual hubo de tener su efigie en su casa, sopena de ser considerado como sacrilego. Independientemente de sus ejemplos dejó Marco Aurelio preceptos por escrito (6), en los cuales hallamos lo más sublime que pudo concebir la filosofía pagana. Consistía en que, sin apercibirse de ello, estaba iluminado su espíritu con un reflejo de aquella sabiduría suprema, ante la cual se obstinaba en cerrar los ojos.

«Un solo Dios, decía, existe en todas partes, una sola ley, que es la razón, común á todos los seres inteligentes. El espíritu de cada cual es un dios y una emanación del Ser supremo. El que cultiva su propia razón, debe considerarse como sacerdote y ministro de los dioses, porque se consagra al culto del que ha sido colocado dentro de él como en un templo. Guárdate de injuriar á ese genio divino que mora en el fondo de tu corazón, y haz por conservar le propicio tributándole como á dios un

(6) Recuerdos de Marco Aurelio Antonino, emperador y filósofo, en doce libros. Joly en su traducción francesa los ha distribuido por orden de materias, hallándose confundidos en el original griego como pensamientos que se ponen por escrito á medida que se ocurren. May ha encontrado en el Frontón de la biblioteca Ambrosiana muchas cartas de Marco Aurelio á su maestro.

modesto testimonio. Descuida todo lo demás para ocuparte únicamente de aquél que es tu guía, de lo que hay en ti de celeste; sé dócil á las inspiraciones de esta emanación del gran Júpiter, que la ha dado á cada uno de los vivientes por guía y por dirección, es decir, el espíritu y la razón; conduzca y gobierne el dios que mora en ti á un hombre verdaderamente hombre. No hallarás cosa mejor que el genio que reside en ti é impera sobre tus propios deseos. Una misma razón nos prescribe lo que debemos hacer y evitar. Una ley común nos rige de consiguiente, y somos cuidados bajo un mismo gobierno.

«Empiécese cada mañana por decirse á sí mismo: Tengo que habérmelas con intrigantes, con ingratos, con insolentes, con pícaros, con ambiciosos y con gentes groseras. Si tienen estos defectos, consiste en que no conocen los verdaderos bienes ni los verdaderos males. Pero yo que he aprendido que el verdadero bien consiste en lo que es honrado, y el verdadero mal en lo que es vergonzoso; yo que conozco la índole del que me ofende, y que es mi hermano, no por la sangre y por la carne, sino por una participación común en el mismo espíritu, emanado de Dios, no puedo considerarme ofendido por su parte, puesto que no está en su mano despojar de honradez mi alma. Hombre, eres ciudadano de la gran ciudad del mundo ¿Qué te importa no haberlo sido más que cinco años? Nadie puede quejarse de desigualdad en lo que se hace con arreglo á las leyes del mundo. ¿A qué enfurecerte, pues, si te hallas desterrado de la ciudad, no por un tirano ó un juez inicuo, sino por la naturaleza misma que allí te había colocado? Es como si un autor fuera despedido por el empresario del teatro á donde lo había llamado.—No he acabado mi papel, todavía no he representado más que tres actos.—Tienes razón, pero en la vida tres actos constituyen toda una comedia; pues siempre se termina á propósito por el autor que manda interrumpirla. No han sido causa ni autor de nada de esto; vete, pues, en paz, ya que te despido con bondad completa.

«Debo, sin duda, á mi abuelo la tranquilidad y la sencillez de costumbres; pero al recuerdo de mi padre un carácter viril y modesto: á mi madre la piedad y la liberalidad, no sólo para abstenerme del mal, sino hasta para pensarlo, y la frugalidad en los alimentos, el desvío del fausto; á mi bisabuelo, no haber ido á las escuelas públicas, sino haber tenido por mi casa preceptores distinguidos, y sabido que jamás se gastaba en esto mucho; al que me ha educado, á no tomar nunca partido por el color verde ó por el color azul en las carreras del circo, ó en punto á gladiadores por el escudo grande ó pequeño; á sobrellevar la fatiga, á contentarme con poco, á servirme á mí mismo, á no prestar oídos á los delatores.

«He aprendido de Diágnoto á no ocuparme en vanidades, á no creer en los prestigios ni en los encantamientos, ni en los conjuros, ni en los de-

monios malos, ni en otras supersticiones; á dejar que hablen de mí con plena libertad, á dormir en una camilla sobre una simple piel, y á perseverar en los demás hábitos de la educación griega. He aprendido de Rústico á apercibirme de la necesidad de corregir mis costumbres, á evitar la ambición de los sofistas, á no escribir sobre ciencias abstractas, á no declamar arengas por vía de ejercicio, á no rebuscar la admiración haciendo alarde de generosidad y de profundas ocupaciones; á hacer uso en las cartas de un estilo sencillo; á perdonar sin demora al que se arrepiente, á leer con atención, á no contentarme con comprender superficialmente. He aprendido de Apolonio á ser libre, enérgico y no vacilante; á tener en vista sólo la razón, á manifestarme igual en todas las circunstancias de la vida, á recibir los regalos de mis amigos sin frialdad ni bajeza. De Sexto la benevolencia, á ejemplo de un buen padre, la gravedad sin arte, el esmero continuo de ser agradable á mis amigos, á sufrir á los ignorantes y á los inconsiderados, á hacer á los demás mi compañía más grata que la de los aduladores, sin dejarme de conciliar su respeto, á aplaudir sin estruendo y á saber sin ostentación alguna. Del gramático Alejandro á no tachar las voces bárbaras ni las faltas contra la sintaxis y la pronunciación, sino á hacer comprender el yerro, aprestándome á responder ó alegar pruebas, ó desenvolver la misma idea expresada de distinto modo, ó usando de otro medio que no tenga vicios de corrección. De Frontón á reflexionar en la envidia, en el fraude y en el disimulo de los tiranos, y á convencerme de que no tienen corazón los patricios. Del platónico Alejandro á no decir *me falta tiempo*, y á no eximirme de los deberes sociales, bajo pretexto de negocios. De Máximo á dominarme á mí mismo, y á no caer en el abatimiento por ningún accidente: me ha enseñado moderación, dulzura, dignidad en los modales; á estar ocupado sin quejarme nunca, á no ser preci-

pitado, ni lento, ni irresoluto, ni irascible, ni desconfiado; á no mostrarme con los demás desdefioso, á no crearme mejor que ellos, á amar la chanza inocente.

«Me reconozco deudor á los dioses como de un beneficio, de haber tenido buenos padres, buenos preceptores, buenos amigos, buenos criados, que son las cosas más apetecibles; de no haber ofendido á ninguno de ellos inconsideradamente, á pesar de estar inclinado á esto por naturaleza; además de haber conservado hasta en la flor de la mocedad la inocencia, de no haber usado de la virilidad prematuramente, de haber estado bajo la dirección de un príncipe y de un padre que alejaba de mi corazón el orgullo, persuadiéndome de que un príncipe puede habitar dentro de su palacio y prescindir de guardias y de pomposas vestiduras, de antorchas, de estatuas y de todo lujo de esta clase; de no haber hecho en la retórica, en la poética y en semejantes estudios, progresos que me hayan distraído (7); de no haber carecido de dinero cuando he querido socorrer á un menesteroso; de no haber necesitado ajenos socorros; de que los remedios propios para aliviar mis males me han sido sugeridos en sueños; de no haber cardo al estudiar filosofía en manos de ningún sofista, y de no haber perdido mi tiempo en hojear comentarios, en resolver silogismos y discutir sobre la meteorología.»

(7) No quiere decir esto que no se deleitara en este género de estudios, porque prueban lo contrario sus epístolas á Frontón, á que ya hemos aludido; dice una de ellas: *Mitte mihi aliquid, quod tibi disertissimum videatur, quod legam, vel tuum, vel Catonis, vel Ciceronis, aut Salustii, aut Gracchi, aut poeta alicujus, Χρήζω γάρ ἀναπαύσεως, et maxime hoc genus: quae me lectio extollat et diffundat ex τῶν κατεληφομένων φρονεῖδων. Etiam si qua Lucretii aut Ennii excerpta habes, εὐφρονα καὶ... φρα, et sicut ἦθους ἐμφάσεις, Lib. II, 1.*